



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 14065

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

## REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

SABADO 7 DE NOVIEMBRE DE 1908

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correspondencia en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31, Faubourg-Montmartre.

LA HORA SANTA y las misas rezadas que se celebrarán en la Consagrada Iglesia de la Caridad el lunes 9 del actual mes de Noviembre, de 10 á 11 de la mañana, se aplicarán por el descanso eterno de la

Ilustrísima Señora

**Doña María Zadea Luna de Moncada**

y de su hermano el señor

**D. Joaquín Luna y Sócoli**

Que fallecieron respectivamente el 9 de Noviembre de 1905 y el 9 de Mayo de 1895

confortados con los auxilios espirituales y la Bendición de Su Santidad

La familia de los finados ruegan á sus amigos la asistencia á tan piadosos actos

El Eminentísimo Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo, primado de las Españas, y los Excmos. Sres. Arzobispo de Granada y Obispos de Jaén, Menorca, Guadix y Baza, Cartagena, Almería y Orihuela, han concedido 200, 100 y 50 días de indulgencia respectivamente, á todos los fieles por cada misa que oyeren, Sagrada Comunión que aplicaren, Estación ó parte del Santo Rosario que rezaren por el alma de los finados.

## Español afortunado

### El dentista de Muley Haffid

«The Daily Telegraph» publica hoy un interesante despacho que le envía su corresponsal en Casablanca. El corresponsal participa, que, apesar de todos los riesgos y de todas las dificultades que el viaje á Fez ofrece actualmente para los extranjeros, ha habido un súbdito europeo que ha conseguido llegar con la mayor tranquilidad á la capital marroquí.

Este europeo ha logrado algo más raro aún en las presentes circunstancias, y ha sido tener entrada en el palacio de Muley Haffid.

El extranjero que ha tenido esta fortuna es un periodista, por lo cual puede considerarse doblemente afortunado. Y otro dato de especial interés para nuestros lectores es que el periodista á quien se refiere la noticia es un español.

¿Cómo se ha operado el milagro de abrirse las puertas del palacio de Muley Haffid para dar paso á nuestro compatriota? He aquí lo más peregrino del caso:

Muley Haffid tiene la dentadura en un estado deplorable y padece horribles dolores de muelas.

En vano se aplicaba cuantos remedios llegaban á noticias de sus cortesanos. La boca de Muley Haffid seguía atormentándole constantemente.

Y he aquí que el periodista español tuvo conocimiento de estos dolores del nuevo sultán, y siendo nuestro compatriota, además de periodista activísimo, un dentista de raro mérito, se decidió á ofrecer sus servicios al victorioso hermano de Abd-elaziz.

Apenas llegado á Fez presentóse al sultán, éste se apresuró á ponerse en sus manos, y parece que no se ha arrepentido Muley Haffid de haberlo hecho.

El dentista-periodista ha desplegado toda su habilidad, y el sultán se muestra muy satisfecho de él.

Sin duda, para secundar el ejemplo de su amo y señor, todos los cortesanos de Muley Haffid y todos los principales comerciantes de Fez, han empezado á padecer de la boca y han

llamado al español para que les sacase algunas muelas ó les arreglase la dentadura.

La suerte de nuestro compatriota ha sido tan grande, que ha resuelto establecerse en Fez definitivamente pues todos los moros de la capital le agasajan ya y le veneran, como si se tratara de un ser sobrenatural.

## CUENTO DEL SABADO

### La torre de los amantes

Sobre la verde colina señorea á la comarca el almenaje enhiesto de la fortaleza, hoy ruinosa; amplio foso circúa los muros, y en la torre del homenaje flameaba el pendón del castellano.

En la plaza de armas, guerreros, servidores y labriegos endomingados venidos de los lugarejos vecinos, reían y charlaban en gozoso batiburrillo, mientras en escaleras, corredores y suntuosas cámaras, iban y venían inquietos pajes, apuestos capitanes y algunas damas de bella presencia y magnífico vestir, y algunos caballeros bravos y gentiles, famosos en las huestes castellanas.

El esquilón de la capilla aumentó su repique y, atravesando galerías, ojivales arcos y salones de regio artesonado, fueron entrando damas y paladines en el oratorio, reducido para tantos, y espléndidamente alhajado con magníficos tapices y trofeos de cien combates, ansiosos de presenciar la nupcial ceremonia.

Hacia tres días que el bravo castellano D. García de Solís arrancara, con gran peligro y después de sangrienta lucha, del poder de un rey-zuelo nazaita á la cautiva, sin par entre las bellas, doña Violante de Mendoza. En premio de tal hazaña, la hermosa prisionera, salvada del oprobio del serrallo, se declaraba cautiva del vencedor que, á su vez, vendido y esclavo de tales gracias, la exigía en árbitro y señora de su hacienda y de su vida.

Y aquella mañana abriliega, el viejo capellán, revestido con sus mejores ornamentos, bendecía aquella unión de la belleza y la fuerza, ya consolidada por algo, que los ojos de los desposados decían y los labios de todos murmuraban.

Café la tarde disciplinando los campos con la luz, lánguida ya, del sol

pronto á hundirse tras la crestería de la sierra.

En lo alto de la torre miraban los recién casados como se perdía á lo lejos la cabalgata de damas y caballeros, que asistieran al momento feliz de sus desposorios.

Antes de perderse entre los olivares de un otero, se detuvieron un instante, flotaron al aire pañuelos y sombreros, y luego, unos tras otros, desaparecieron en las frondas del camino.

Ya estaban solos, y ahora unidos para toda la vida.

Miráronse un instante, luego ciféndola él por el talle, esbelto y gracil, la atrajo hacia sí y recostó sobre su hombro fornido aquella cabeza de virgen soñadora, rapando el ébano de la enortijada melena...

Una nubecilla polvorienta, apareciendo á lo lejos, fue empañando el verde azulado de la selva.

—¡Los moros! ¡Los moros! Y al grito de alarma de los vigías, sonaron los clarines con bélico estruendo, coronándose de hombres las almenadas torres y alzóse el puente, oponiendo el foso por barrera á la enemiga invasión.

## III

Caballero en su más precioso trón de guerra, áureas gualdrapas y flotante jaique avanzó el burlado musulmán en busca de la bella nazarena, botín precioso de sus guerreras empresas.

Quebrábase la luz del sol, pronto á extinguirse, en los relucientes cascos, damasquinos alfanges y los hierros de las poderosas lanzas, al caracolear de los inquietos caballos, y la larga línea de infantes, que formando en batalla se aproximaba á los robustos muros, haciendo sonar atabales y trompetas.

Comenzó la lucha. Lanzáronse los asaltantes en furioso tropel contra las murallas altísimas, tendieron recias vigas sobre los anchos fosos y aplicaron las escalas ansiosos de botín y sangre.

En el punto de mayor peligro, tinto en sangre el acero y la bruñida cota, luchaba el bravo castellano animando á los suyos con el ejemplo de su arrojo.

Lluvia de flechas, cataratas de piedras y plomo fundido, chorros de lí-

quidos inflamables, todo un infierno de destrucción caía sobre las escalas, que saltaban en astillas haciendo rodar á los asaltantes, despedazados ó mal heridos, hasta el pie de los muros.

Todo inútil; la superioridad del número venció.

Las legiones de turbantes y alginceles, trepando sobre montones de cadáveres, alcanzó los adarves, penetró en el recinto fortificado, y aquella lucha desesperada de uno contra diez, terminó en furiosa carnicería.

## IV

Sobre rico almohadón de roja seda, oraba, arrodillada ante un Cristo de tallado márfil, la esposa de algunas horas.

—¡Oh, señor, no consientas que los defensores de tu nombre y de tu enseña, perezcan á manos de los enemigos de tu fe!

Y mortiguado por las espesas paredes y las puertas dobles y bien cerradas, apenas llegaba hasta allí el rumor del combate.

Pero el tumulto crece; gritos de triunfo, rugidos de rabia, gemidos, imprecaciones, muros que se derrumban y puertas que saltan hechas astillas.

Rota la armadura, sudorosas las sienes, mal herido, ensangrentado, penetra en la estancia el infeliz vencido.

Ella le sostiene y, separando los revueltos cabellos de la frente ardorosa, le enjuga el sudor y procura restañar la sangre que brotan las recientes heridas.

A la puerta abullando de triunfante saña, en alto el alfange y seguido de los suyos, llega el vencedor y mirando á su víctimas ríe con alegría de pronta venganza.

Dos moros fornidos avanzan, á una seña de su señor, hacia la hermosa castellana; pero ella enlazando con sus brazos el cuello de su esposo y señalando á un ajimez abierto sobre el abismo: «Vamos», dice, y antes que pudiera evitarlo, el uno en brazos del otro se lanzaron al espacio; haciendo tálamo de sus bodas las rocas de la vertiente.

El tiempo terraplenó la quebrada, vistió de hiedra los muros carcomidos; y hoy, en el ajimez enhiesto aún,

acenenidos las emigra á las golondrinas, y á veces vaga en las ruinas, en peregrinación amorosa, alguna pareja amante de soledad.

M. Balberto y Herrera

## PARADOJAS

De una estadística publicada en el «Diario de Sesiones del Senador», resulta que durante la primera legislatura de las actuales Cortes, se han despachado por las Cámaras doscientas setenta y tres leyes. A más de una ley por sesión.

Ante labor tan estupefacta, sólo nos resta entonar el «mea culpa». Yo, cual muchos, he creído—y me he quejado amargamente de ello—que nuestros diputados y senadores sólo servían para hablar. Y ahora resulta que su labor legislativa es más nutrida que la de todos los parlamentos del mundo ¡Doscientas sesenta y tres leyes despachadas en poco más de cien sesiones hábiles! Bien es verdad que leyes de carácter general, esto es, de aquellas que á todos interesan y á todos pueden alcanzar, solo se han aprobado ochenta y una; las demás se refieren á carreteras, á créditos, á ferrocarriles, etc. Pero aún y siendo así, la cifra de ochenta y una no deja de parecer alarmante.

En primer lugar se ocurre preguntar: ¿Es posible que en tan corto tiempo se puedan estudiar, preparar, discutir y aprobar, con la reflexión necesaria, tantas leyes? En segundo lugar, preguntamos también: ¿Es posible que ellas sean útiles y eficaces? ¡Pero si con ochenta leyes basta y sobra para regir un país! ¿Es que hemos cambiado en absoluto de régimen en todos los órdenes de legislación?

¡No, desgraciadamente no! ¡No hemos cambiado nada! Estas ochenta y una, estas doscientas sesenta y tres leyes que se han aprobado ¡ay! sin estudio, sin discusión, sin darnos cuenta, no vienen á remediar niágun mal, ninguna deficiencia jurídica ni administrativa. Ni tan sólo vienen á derogar la legislación anterior; pues, si es verdad que todas llevan la coletilla: «Queda derogado todo lo que se oponga al cumplimiento de esta ley, etcétera», no es menos cierto que subsiste todo lo anterior, en lo que á ellas taxativamente no se oponga.

29 Biblioteca de EL ECO DE CARTAGENA 136

EL AMIGO FRITZ 133

Suzel que suspirando decía qué bello es estar al calor nuevo ardor, pero un ardor invisible; se sentía ébrio de felicidad.

Después del «Sitio de Prepa», tocó «La Cane-rentola»; luego la gran overtura de «La Vespa». No sabía ya qué tocar. Al oír repetir á Suzel: ¡Qué precioso es todo esto, Sr. Kobus! ¡qué bien tocáis! replicó:

—Si, es precioso; pero si no estuviera ronco cantarí algo, y ya verías, Suzel, lo que es bueno...

Pero no importa, traté de hacerlos y es lástima que esté tan ronco.

Y diciendo esto se puso á cantar con una voz tan clara como la de una carraoa:

Bonita...

La más bonita,  
¡Dáme tu alma!  
Que me robes la calma!

Se balanceaba con todo el cuerpo; llevando el compás, abriendo la boca de oreja á oreja, y cuando llegaba al fin, la repetía durante muchos días en un tono lamentable, recordándose sobre el resplandor de las almas y aumentado los latidos de una manera ridícula:

Dáme tu alma...  
Dáme tu alma...

## XI

Fácil es olvidar las reflexiones que haría Kobus durante su paseo iba con la cabeza baja, el bastón debajo del brazo, observando á derecha é izquierda si estaba solo. Se imaginaba que los transeuntes iban á adivinar su estado:

—¡Qué ridículo!—decía,—¡estar una solterón, de treinta y seis años, enamorado de una mohechuela de diecisiete! ¡Eso es tu aburrimiento, Fritz, tus distracciones y sueños, desde hace tres semanas! Por eso perdías siempre en la cervecería y perdías la cabeza cuando bajabas á la botega; por eso bostezabas como un zopenco cuando desde tu ventana observabas el mercado. ¡Cabe mayor locura á tu edad! Si te hubieras enamorado siquiera de la viuda Wilding, ó Salomé Rodig todavía sería excusable. Más te valdría que te colgaran, que casarte con ninguna de ellas; pero á los ojos del mundo aún sería esto una boda razonable. ¡Pero estar enamorado de la preciosa Suzel, la hija de tu arrendatario, una niña, verdadera niña,